

que, al converger con un recrudescimiento general del clima durante el Cuaternario antiguo, favorecieron un desarrollo anómalo del modelado nivo - periglaciario en lugares que, como éste, se sitúan a baja altitud en la periferia de los conjuntos cársticos, frecuentemente coincidente en el Macizo Asturiano con el contacto entre las calizas y las pizarras carboníferas.

El brusco paso de las unas a las otras trae, en primer lugar, consecuencias de orden topográfico, ya que el contraste litológico conlleva la existencia, seguramente muy antigua, de un escarpe, que favorece el arranque y evacuación de derrubios, condición importante para el desarrollo de todos los depósitos reseñados en esta nota, y que influye igualmente en la aparición de deslizamientos de nieve, e, indirectamente, en la existencia de un nevero a tan baja altitud.

Por otra parte, el citado contacto está jalonado por numerosos puntos de resurgencia de las aguas que, habiendo comenzado su migración por el interior de las calizas en las áreas de absorción, vuelven a aflorar a la superficie al entrar en contacto con las pizarras impermeables; este hecho de naturaleza hi-

drológica influye en la génesis de nichos asociados a determinadas surgencias y en el volumen y regularidad del suministro de agua, que puede colaborar en la creación de una capa lubricante, pero que también está en el origen de una cementación de depósitos por precipitación de los carbonatos contenidos en las aguas de resurgencia.

Por consiguiente, las sucesivas generaciones de formas (por orden cronológico, génesis cárstica del nicho, formación y cementación de los depósitos de ladera, excavación de las canales de aludes, retoque nival del nicho, aparición a su pie de la morrena de nevero y las coladas de piedras, y por último, colmatación parcial del nicho y aparición del vallejo en la colada septentrional) están de uno u otro modo condicionadas por la posición periférica con respecto al conjunto cárstico del Aramo, de modo similar a lo que ocurre con formas del mismo tipo que, aún sin investigar, se encuentran en la periferia de la misma sierra, en la cercana sierra de Sobía y, muy probablemente, en otros conjuntos montañosos de parecidas características.— JUAN CARLOS CASTAÑÓN ALVAREZ.

ATONIA Y AGOTAMIENTO DEMOGRAFICOS EN LOS MUNICIPIOS DE MONTAÑA DE LEON, 1976 - 1980

Hace ya bastantes años que un buen número de autores europeos y españoles ha puesto de manifiesto, en lo que representa una ingente literatura científica, el carácter de áreas demográficas de reserva que las dificultades de puesta en valor de la producción agraria confieren a las montañas de Europa occidental. Paralelamente a ello, se ha venido denunciando repetidamente el peligro de un éxodo rural galopante que adquiere en dichas áreas tintes dramáticos en razón de una mayor intensidad de la extracción humana. Envejecimiento, despoblación, agotamiento, desertización y vaciamiento son vocablos que se repiten insistentemente en todos los estudios que abordan el estado actual de dichos espacios montañosos.

En nuestro país, el retraso con respecto a otras áreas en el desencadenamiento masivo del abandono rural, que para la generalidad de las distintas regiones data de la década de 1950, unido a un deficiente conocimiento global de las unidades administrativas menores, los municipios, ha propiciado la existencia de numerosas lagunas en el conocimiento sistemático y detallado, desde el punto de vista espacial, de este fenómeno¹. La evidencia de unas pérdidas demográficas generalizadas y graves en todo el ámbito rural demuestra bien a las claras la importancia creciente de unos movimientos mi-

gratorios complejos que ni la crisis actual parece poder atajar; pero, a excepción de áreas localizadas, si bien numerosas, para las que se ha realizado un ímprobo esfuerzo de explotación de fuentes documentales, se desconoce prácticamente todo acerca de tales desplazamientos a escala municipal: ¿qué intensidad relativa adquieren a lo largo del territorio nacional?, ¿qué direcciones predominantes toman? y, sobre todo, ¿de qué segmentos de población están compuestos?, ¿dónde siguen nutriéndose de población activa joven?, ¿en qué lugares han agotado ya ésta y muerden ahora los efectivos demográficos inactivos?, ¿qué papel tienen determinadas combinaciones de actividades económicas sobre la fijación de la población a su territorio y qué efectos polarizadores cumplen sobre su entorno?

La presunción fundamentada de tales migraciones obliga naturalmente a suponer también un efecto devastador sobre la composición por edades y sexos de la población, así como sobre la vitalidad natural; pero el conocimiento de estos aspectos a la escala municipal de todo el país no es mucho más completo que el precedente: ¿tiene sentido utilizar de forma indiscriminada el término «envejecimiento»? ¿qué particularidades y matices de intensidad presenta en cada caso?, ¿en qué lugares son ya irreversibles el envejecimiento y el déficit natural?, ¿es

¹ Tal desconocimiento, al menos en sus aspectos demográficos, ha sido paliado recientemente con la inclusión de anexos provinciales con un desglose municipal en la serie anual del *Movimiento natural de la Población Española*; asimismo, el tomo IV del censo de 1981 está dedicado a resultados municipales. La utilización de estos últimos datos, sin embargo, está sometida a cautela, dado que se refieren a la población de derecho y, en

caso de volúmenes demográficos inferiores a 1.000 habitantes, presentan errores de muestreo superiores a los normalmente admitidos. Con respecto al movimiento natural, las tasas que se mencionan en este artículo se han hallado relacionando el promedio anual de nacimientos y de defunciones correspondientes al quinquenio 1976 - 1980 con la población media de dicho periodo.

cierto que muchas áreas pierden población por simple exceso de defunciones sobre nacimientos, habiéndose paralizado ya la emigración?, ¿no serán más numerosos aquellos municipios en los que se conjugan al unísono abandono y déficit natural, espoleándose mutuamente?, ¿hay áreas donde pueda reconocerse una recuperación demográfica en curso?

Quizá precisamente por la ausencia de respuestas a estos interrogantes, ha ido calando en nuestra sociedad la preocupación acerca del futuro de los espacios rurales, y muy en particular de los montañosos, adquiriendo todas las referencias a estos espacios unas connotaciones irremediabilmente sombrías. Con la intención de desvelar al menos algún claroscuro en ese panorama uniformemente descorazonador al que nos aboca nuestro desconocimiento, este trabajo referido a las montañas leonesas pretende establecer una tipología de situaciones demográficas que revele al menos una gradación de matices dentro de la innegable gravedad actual.

Las consecuencias de una emigración constante y creciente: debilidad y retroceso de la población leonesa

Puede decirse con sobrado fundamento que la emigración constituye el pilar básico de la evolución demográfica leonesa y, en general, del conjunto de Castilla y León², pues en ella reside, de manera más o menos directa, la responsabilidad de casi todas las transformaciones experimentadas en lo que va de siglo. A ella debe imputársele la deficiente expansión demográfica que se opera en León hasta 1960, y también la evolución decreciente experimentada desde entonces; sin su colaboración no se explicaría el rápido envejecimiento que se observa a partir de los años centrales de este siglo y, de no ser por sus consecuencias perniciosas sobre la composición por edad, la pérdida de vitalidad natural no habría alcanzado las proporciones actuales.

Como balance de las seis primeras décadas de este siglo, León aumenta sus efectivos en unos 198.000 habitantes, un 51% de los que tenía en 1900, y ello contrasta no sólo con el crecimiento promedio del conjunto nacional (64% en igual lapso de tiempo) sino, sobre todo, con el crecimiento que podría haberse alcanzado de no haber mediado

una contribución demasiado generosa a la emigración ultramarina, continental e interior: en esos 60 años se producen casi 305.000 excesos de nacimientos sobre defunciones, que hubieran supuesto, caso de permanecer *in situ*, una ganancia cercana al 80% de los efectivos iniciales (Cuadro I).

Así pues, León conoce un crecimiento deficiente que se transforma en franco retroceso a partir de 1960, merced a una explotación tan intensa de esa reserva demográfica en los últimos veinte años que no sólo se agotan en su totalidad los saldos naturales, sino que emigra también algo más de una décima parte de los efectivos de población con que se contaba en 1960. La ligera desaceleración de los intensos movimientos migratorios que se registra en el periodo 1976 - 1981 podría significar un atisbo de esperanza si no existiese la sospecha de que amplias zonas de la provincia, por su estado más o menos próximo al agotamiento, no se encuentran ya en disposición de proporcionar unos contingentes migratorios tan significativos en volumen como en años anteriores. Nótese sin embargo que, aun declinando aparentemente, la intensidad emigratoria de ese último lustro duplica casi a la del primer tercio del siglo, época que conoce uno de los máximos en la legendaria emigración trasoceánica y el comienzo de la urbanización acelerada de este país (Cuadro I).

Tanto o más grave que el retroceso en términos absolutos del volumen de población es la modificación profunda de la distribución por sexos y edades de la misma: hasta 1960 la extracción por vía emigratoria se había plasmado en una inferioridad relativa del grupo adulto y en un aumento paulatino de los viejos, alcanzando en dicha fecha clave las características de lo que suele denominarse una población adulta o equilibrada: un grupo joven algo superior a un tercio del total, el grupo adulto en torno a la mitad del total y una apreciable presencia de viejos, aunque sin sobrepasar el umbral crítico situado en torno al 12 - 15% (Cuadro II).

En los veinte años siguientes a 1960, la acción conjunta de emigración y desnatalidad provoca un trasvase progresivo pero muy acentuado del peso proporcional desde los grupos jóvenes a los viejos: en 1981 los menores de 20 años ya sólo representan el 30% del total, en tanto que los mayores de 60 años se acercan peligrosamente a la quinta parte:

CUADRO I
SINTESIS DE LA EVOLUCIÓN DEMOGRAFICA LEONESA

Años	Población	Variación porcentual	Densidad	Saldo natural	Saldo migratorio	S.M. % anual
1900	386.083	-	25,0	-	-	-
1930	441.908	14,5	28,6	125.659	-69.834	- 5,6
1960	583.930	32,1	37,8	178.733	-36.711	- 2,4
1970	562.766	- 3,6	36,4	54.808	-75.972	-13,3
1975	535.208	- 4,9	34,6	15.459	-43.017	-15,7
1981	517.973	- 3,2	33,5	11.195	-28.430	-10,8

Fuente: Censos, Padrón de 1975 y Movimiento natural de la Población. Elaboración propia.

² GARCIA FERNANDEZ, J.: *Desarrollo y atonía en Castilla*. Barcelona, Ariel, 1981, 262 pp. Cfr. pp. 149 y ss.

CUADRO II
ESTRUCTURA POR EDADES Y VITALIDAD NATURAL

Años	0-19	20-39	40-59	60 más	Índice vejez	Tasa natalidad	Tasa mortalidad	Tasa fecundidad
1900	43,8	26,8	20,3	9,0	0,16	35,9	29,5	144,8
1930	43,8	27,9	18,6	9,5	0,22	33,7	18,7	130,6
1960	37,8	30,2	21,0	10,6	0,29	22,5	9,0	88,4
1970	35,2	26,1	24,1	14,6	0,42	15,8	8,8	63,2
1975	32,6	24,2	26,3	16,9	0,52	13,5	9,1	49,0
1981	30,0	24,8	26,4	18,8	0,62	13,2	10,0	-

Fuente: Censos, Padrón de 1975, Movimiento natural de la Población y Anuarios Estadísticos. Elaboración propia.

los adultos, por su parte, aun sin variar ostensiblemente de peso conjunto, conocen un trasvase interno muy significativo, pues desde 1975 los adultos viejos superan a los adultos jóvenes. Así, en sólo veinte años se ha producido un envejecimiento espectacular, que puede quedar resumido en la marcha del índice de vejez: 29 viejos por cada 100 jóvenes en 1960 frente a 62 en 1981, en tanto que para el conjunto nacional en esta última fecha el índice se sitúa en 45.

La razón que explica la paradójica coexistencia hasta 1960 de una emigración persistente y cuantiosa y de una resistencia manifiesta al envejecimiento demográfico reside en la fuerte vitalidad natural de la población leonesa; hasta entonces, todos los indicadores de ésta (natalidad, fecundidad y crecimiento vegetativo) superan de manera invariable a los promedios del conjunto del país, pero a partir de esos años experimentan un retroceso tan acusado que puede calificarse de auténtico hundimiento, impidiendo así paliar, ni de una forma imperfecta, las

pérdidas emigratorias. La tasa de natalidad pasa de un 22,5 por mil en 1960 a un 13,2 en 1981 y, dado que el envejecimiento creciente dificulta una reducción apreciable de la mortalidad —antes al contrario se apunta un paulatino aumento—, el balance natural descende de un 13,4 por mil a tan sólo un 3,2 en 1981.

Aun siendo sin duda decisivo el papel de la emigración en esta progresiva paralización del movimiento natural, a través de un envejecimiento que crece en la misma medida y al mismo tiempo que la pérdida de vitalidad natural, la responsabilidad de ese hundimiento está compartida también por la propia actitud restrictiva que mantiene la población leonesa frente a la procreación, pues si en 1960 de cada 1.000 mujeres comprendidas entre los 15 y los 49 años de edad 88 se decidían a tener descendencia, en 1975 ya sólo lo hacen 49. Si a ello se añade que las mujeres son cada vez menos numerosas en el grupo adulto joven (98,3 hombres por cada 100 mujeres en 1960 frente a 106,2 en 1975 y 108,5 en

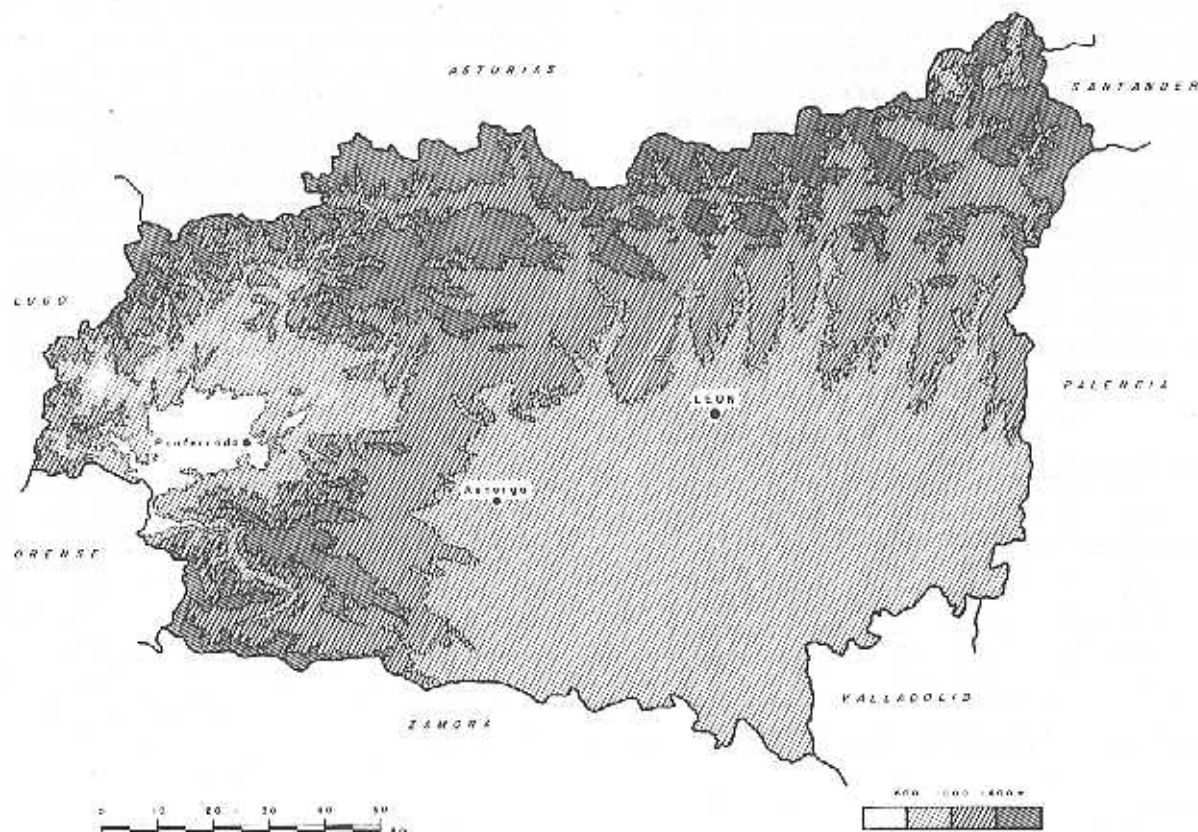


Fig. 1. Mapa hipsométrico de la provincia de León.

1981), dado que esta última oleada migratoria se nutre especialmente de mujeres jóvenes, se completa el cuadro característico que presentan casi todas las poblaciones en proceso acelerado de regresión y envejecimiento, cuadro que, por la complejidad y circularidad de las relaciones causales que contiene, suele percibirse como un círculo vicioso.

El movimiento natural y los saldos migratorios en los municipios leoneses de montaña

Si, como se ha visto, la situación demográfica actual ofrece para el conjunto de la provincia perspectivas no demasiado halagüeñas, puesto que los dos factores que permitirían una recuperación poblacional sin ayudas externas (esto es, vitalidad natural y composición por edades y sexos) se encuentran en un estado bastante crítico y además la emigración parece no remitir, el análisis de estos mismos aspectos referidos a unidades espaciales menores ha de desvelar necesariamente situaciones extremas.

En este trabajo se ha aprovechado la reciente declaración de «zonas de agricultura de montaña» —yuc, a diferencia de otras regiones, en el caso leonés parece bastante razonable y no ofrece distorsiones manifiestas con el relieve (ver figuras 1 y 2)— para establecer la delimitación de uno de los espacios rurales donde las condiciones demográficas parecen, *a priori*, más desfavorables; ello no significa sin embargo que el resto de los municipios rurales de la provincia ofrezca unos indicadores demográficos diametralmente opuestos. Más bien, y esto parece ser uno de los rasgos distintivos del norte peninsular, debe considerarse el conjunto del ámbito rural como un espacio demográficamente agotado y en situación crítica del que descuellan islotes, tanto en el llano como en la montaña, en los que, al amparo de actividades económicas en cierto modo excepcionales (regadío en el llano y minería en la montaña para el caso leonés), el pulso demográfico difiere en mayor o menor medida del contorno deprimido.

Si se considera que el 60% de los municipios leoneses carece de excedentes naturales en el periodo aquí considerado, rasgo éste que puede utilizarse como indicador llamativo, puede deducirse con facilidad que mientras es cierta la afirmación de que la casi totalidad de los términos municipales de montaña se enfrenta a una situación demográfica muy comprometida, no se ajusta a la verdad pensar que son los únicos en encarar tal problema, como parece ocurrir en otras regiones³.



Fig. 2. Municipios declarados «zonas de agricultura de montaña» y localización de algunos términos municipales.

Por lo que respecta a las áreas leonesas de montaña, el solo hecho de que 80 de los 89 municipios aquí considerados pierdan efectivos en el último quinquenio, si bien en diferente cuantía, pone ya sobre aviso de la realidad genérica que se va a observar⁴; y el conocimiento de que tres de cada diez términos municipales alcanzan su cifra máxima de población antes del cambio de siglo y casi la mitad antes de 1930 revela no sólo que el problema data de antiguo, sino que previene también acerca del grado de agotamiento a que puede haberse llegado tras una persistencia emigratoria tan tenaz⁵.

Ese agotamiento queda desvelado, aunque de manera fragmentada, por el análisis sucesivo de la distribución de las tasas de natalidad, mortalidad, crecimiento natural y saldo migratorio por municipios, análisis previo al establecimiento de una tipología de situaciones demográficas.

La natalidad es débil o extremadamente débil en la mayor parte de los casos, pues ocho de cada diez municipios no llega a los 13 nacimientos por mil habitantes que en promedio tiene el conjunto de la provincia, y cuatro de cada diez no alcanzan ni siquiera los 6 nacimientos anuales por mil. Mientras estos últimos se concentran con preferencia en aquellas áreas más depauperadas demográficamente, es decir, en la Montaña oriental, en la Montaña occidental y en La Cabrera - Maragatería, los municipios con una natalidad media o alta prefiguran las dos únicas áreas que, sin merecer propiamente el calificativo de dinámicas, sí se alejan de la situación crítica de sus vecinas: la Montaña central y El Bierzo alto - Laciana (Figura 3).

³ LOPEZ FERNANDEZ, B. y FERNANDEZ SALINAS, V. M.: «La vitalidad demográfica natural de los municipios en la Andalucía mediterránea, 1975 - 1979», *Ería*, nº 8, 1985, pp. 85-90.

⁴ La primera delimitación perimetral de zonas de agricultura de montaña menciona 90 municipios en la provincia de León, pero la anexión por parte de Ponferrada del extinto término de Los Barrios de Salas obliga a no incluirlo aquí. Los restantes municipios ocupan 9.326 Km², es decir, un 60% de la superficie provincial, y tenían 152.561 habitantes en 1981, lo que representaba un 29% del volumen demográfico global de la provincia en esa fecha.

⁵ LOPEZ FERNANDEZ, B.: «La despoblación leonesa contemporánea», *Tierras de León*, nº 50, 1983, pp. 17-34. Para áreas más reducidas, ver CABERO DIEGUEZ, V.: *Espacio agrario y economía de subsistencia en las montañas galaico-leonesas: La Cabrera*, Ediciones Universidad de Salamanca, Institución «Fray Bernardino de Sahagún», 1980, 134 pp. Ver también CABERO DIEGUEZ, V. y ALONSO SANTOS, J. L.: «Contradicciones demográficas en la cuenca del Sil leonesa: Concentración urbana (Ponferrada) y despoblación rural», *IV Coloquio de Geografía*, Oviedo, 1977, pp. 139-152.

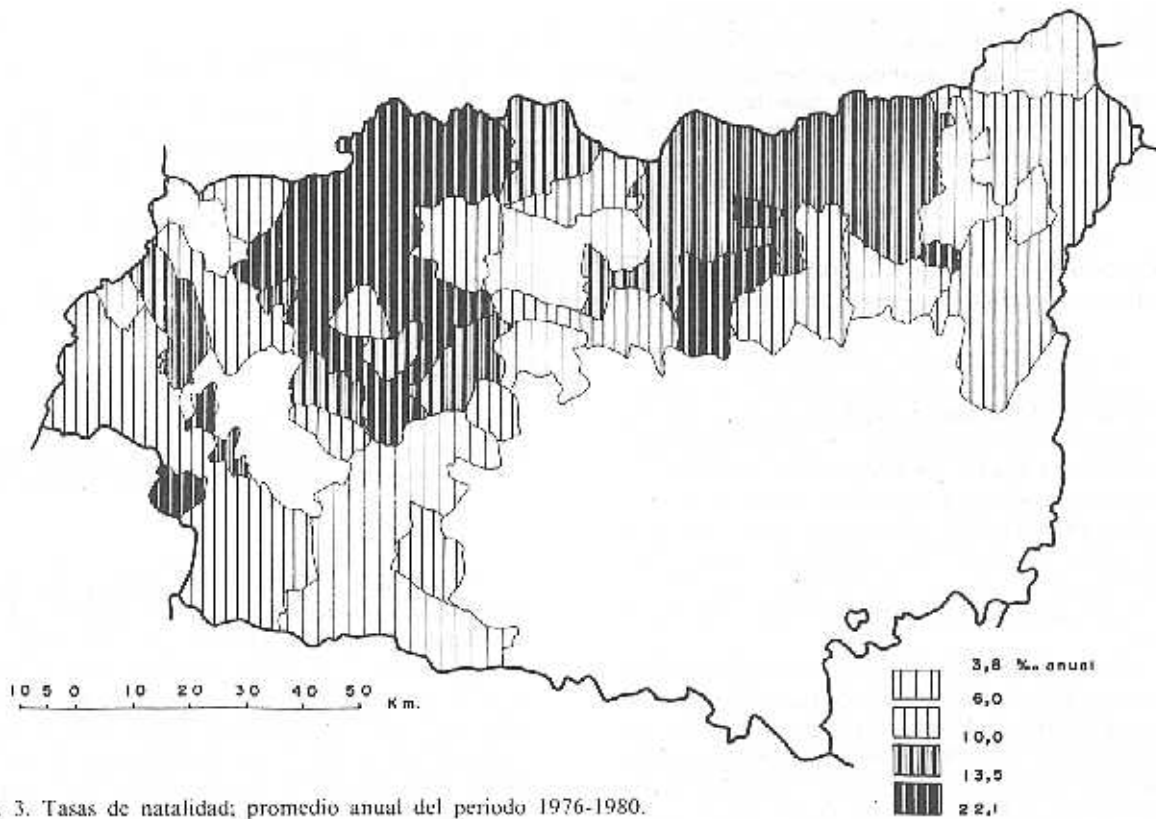


Fig. 3. Tasas de natalidad; promedio anual del periodo 1976-1980.

La distribución de la mortalidad es bastante menos expresiva que en el caso precedente, al menos por lo que respecta a sus valores más reducidos; los superiores a 12 defunciones anuales por mil habitantes, que afectan a la mitad de los municipios, se vuelven a localizar en las zonas depauperadas descritas con anterioridad, así como en el Bierzo

occidental. Debe resaltarse por otra parte que, para un buen número de municipios bercianos, la vitalidad sugerida por los valores medios o altos de la natalidad se ve matizada por una intensidad también media - alta (mayor de 9 por mil) de las defunciones (Figuras 3 y 4).

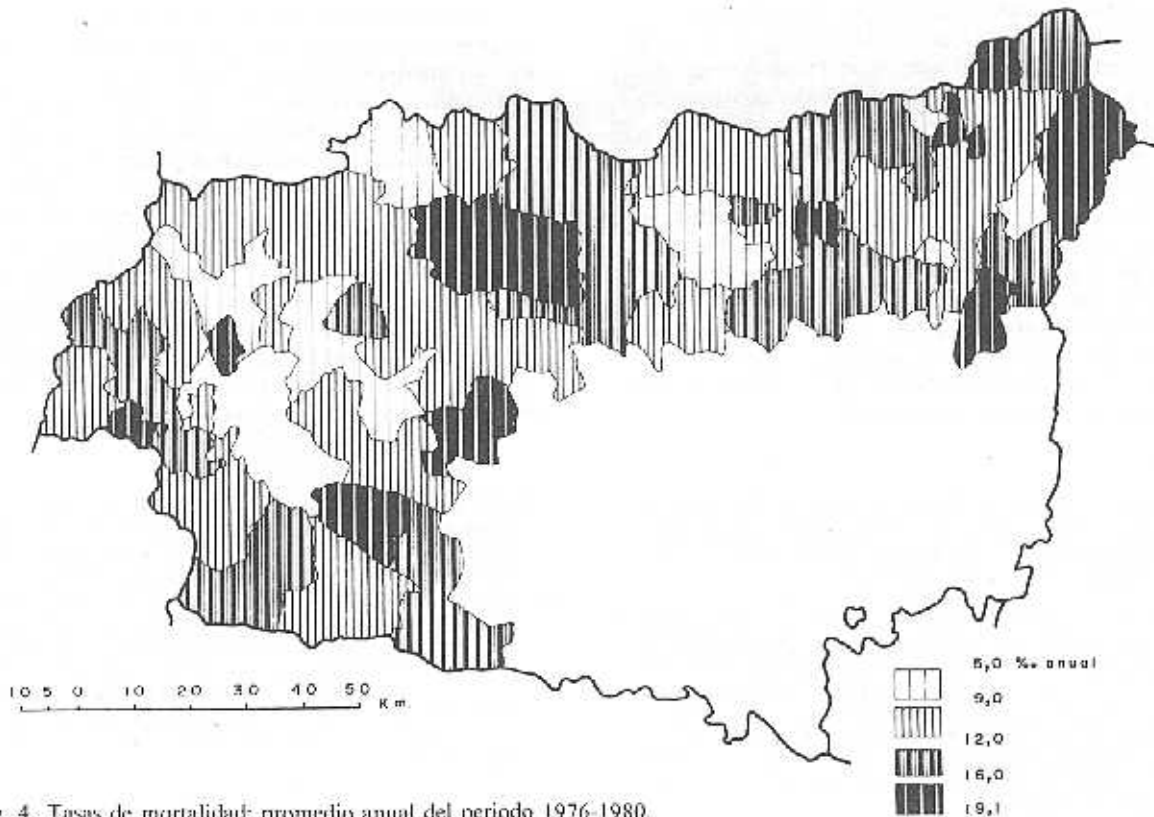


Fig. 4. Tasas de mortalidad; promedio anual del periodo 1976-1980.

La inmensa mayoría de los municipios leoneses de montaña no tiene, pues, excedentes naturales, antes al contrario, el déficit natural juega un importante papel en el retroceso de sus poblaciones, sin que pueda decirse, como se verá, que declinen sólo por esta razón. En algo más de los dos tercios de los municipios estudiados las defunciones superan anualmente a los nacimientos y, en la mitad de éstos, el déficit natural es muy grave, superior a 5 personas anuales por cada mil. Por otro lado, de los 30 municipios que tienen un movimiento natural positivo, diez crecen en tan mísera cuantía (menos de un 2 por mil anual) que prometen ser deficitarios en un corto plazo de tiempo. En resumen, para las tres cuartas partes de los municipios de montaña leoneses el movimiento natural es un problema, y no una esperanza, con vistas a la recuperación de su maltrecha situación demográfica⁶, en tanto que sólo para los municipios que contienen algún núcleo urbano de importancia (La Robla, La Pola de Gordón, Villablino, Bembibre...), el balance natural es francamente positivo (Figura 5).

Sin embargo, sean cuales sean sus ganancias biológicas, todos los municipios leoneses de montaña están sometidos a un intensísimo drenaje migratorio, salvo contadas excepciones, algunas de las cuales, además, parecen pasajeras o cuando menos

muy recientes. Los saldos emigratorios netos más moderados, si es que puede calificarse de tal manera la pérdida anual de entre 10 y 29 personas por mil habitantes, a extraer además de poblaciones ya muy mermadas y castigadas por una emigración en muchos casos secular, corresponden a la Montaña, a excepción de islotes con pérdidas aún más importantes en sus extremos oriental y occidental.

El Bierzo septentrional y la ya mencionada zona de La Cabrera - Maragatería sufren una extracción emigratoria que en términos relativos es desorbitada en grado sumo, con pérdidas superiores a los 30 emigrantes netos anuales y hasta un máximo de 112 por mil habitantes en el municipio de Peranzanes (Los Ancares leoneses, al N.O. de la provincia); proporciones como esta última que obligan, por su inverosimilitud, a cuestionar la fiabilidad de los datos censales y del movimiento natural (Figura 6).

Clasificación de las situaciones demográficas: el abrumador predominio de los casos críticos

El procedimiento empleado para establecer una tipología de situaciones demográficas coincide, en líneas generales, con otros aplicados con anterioridad⁷, y proporciona una percepción sintética y si-

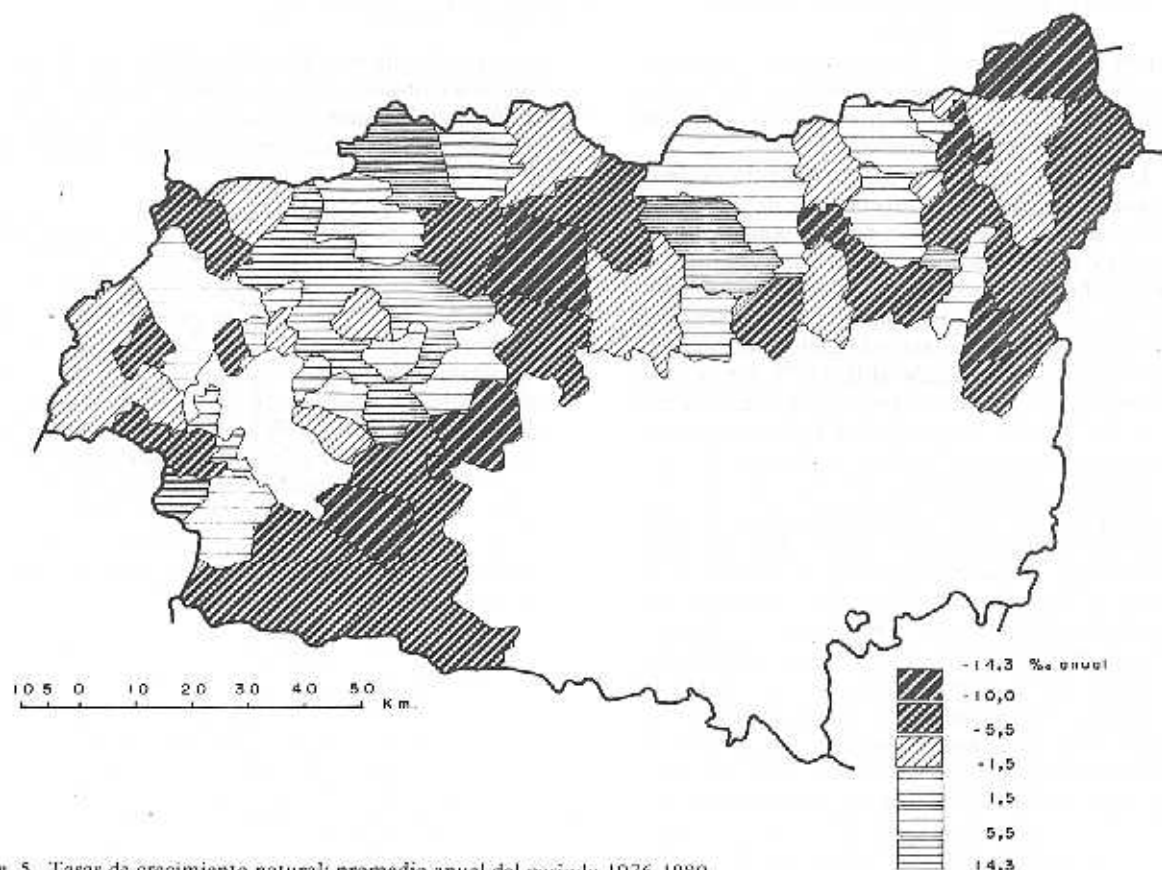


Fig. 5. Tasas de crecimiento natural; promedio anual del periodo 1976-1980.

⁶ Estos 70 municipios con un crecimiento natural negativo o inferior al 2 por mil albergaban en 1981 a la mitad de los habitantes montañoses de la provincia, pero sólo a un 15% de los totales de ésta, mientras que ocupan el 80% de la superficie montañosa, o lo que es lo mismo, la mitad de la provincial.

⁷ OCAÑA OCAÑA, M. C.: «Observaciones sobre la dinámica demográfica de Granada en los últimos cincuenta años», *Cuadernos Geográficos de la Universidad de Granada*, 1975 - 1976, pp. 241-264. Ver también DUBOSQ, P.: «La mobilité rurale en Aquitaine. Essai d'analyse logique», *L'Espace géographique*, 1972, pp. 23-42.

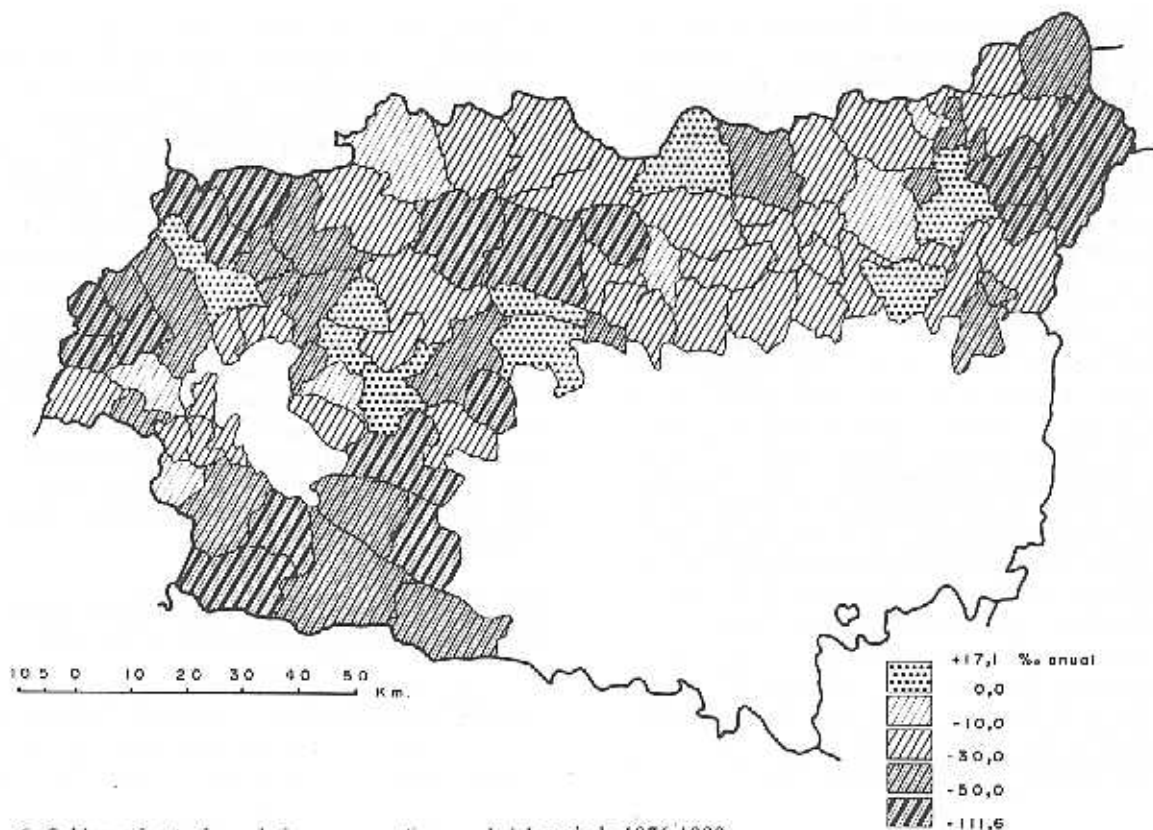


Fig. 6. Saldos migratorios relativos; promedio anual del periodo 1976-1980.

multánea del sentido de los movimientos migratorios, del carácter excedentario o deficitario de la vitalidad natural, así como de la evolución o retroceso de los efectivos de población.

Llevando a un mismo gráfico los valores de la tasa anual de crecimiento vegetativo y del porcentaje anual de crecimiento efectivo para cada municipio a lo largo del periodo 1976 - 1981, se obtiene una distribución de éstos en seis situaciones posibles, desde el crecimiento manifiesto al abandono sin paliativos, y por ese orden creciente de gravedad se exponen a continuación (Figura 7). En el cuadrante I figuran los municipios claramente dinámicos, incluyendo no sólo aquéllos en los que existe una corriente inmigratoria que refuerza el crecimiento natural positivo (Ib), sino también los que, aún ganando población en dicho periodo, conocen una emigración que no agota sus excedentes naturales, razón por la que podrían calificarse como áreas de reserva en crecimiento (Ia). El cuadrante II incluye poblaciones dinámicas merced a una inmigración que contrarresta las pérdidas por déficit natural, aporte que presumiblemente es reciente o está compuesto por población de paso, dado que no produce una modificación positiva del comportamiento natural; puede observarse que esta situación, como las anteriores, es claramente minoritaria.

En el cuadrante III se hallan los municipios que pierden efectivos exclusivamente por emigración, siendo en ellos positiva la vitalidad natural; pueden por tanto calificarse como poblaciones en situación de reserva decreciente o en fase de extracción intensa, puesto que se agotan los excedentes naturales. Sin ser mayoritaria, esta situación es bastante frecuente (23 casos, es decir, uno de cada cuatro), y caracteriza a la perfección a determinados

sectores de esta montaña. Por último, los 57 municipios localizados en el cuadrante IV tienen en común un saldo natural negativo que ocasiona una pérdida real de población; son pues municipios en

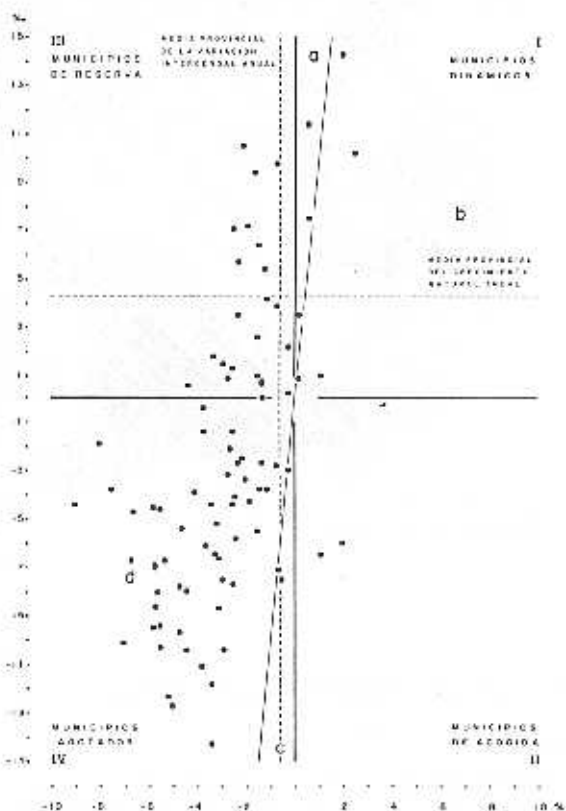


Fig. 7. Clasificación de los municipios según el crecimiento real y el balance natural; promedios anuales del periodo 1976-1980.

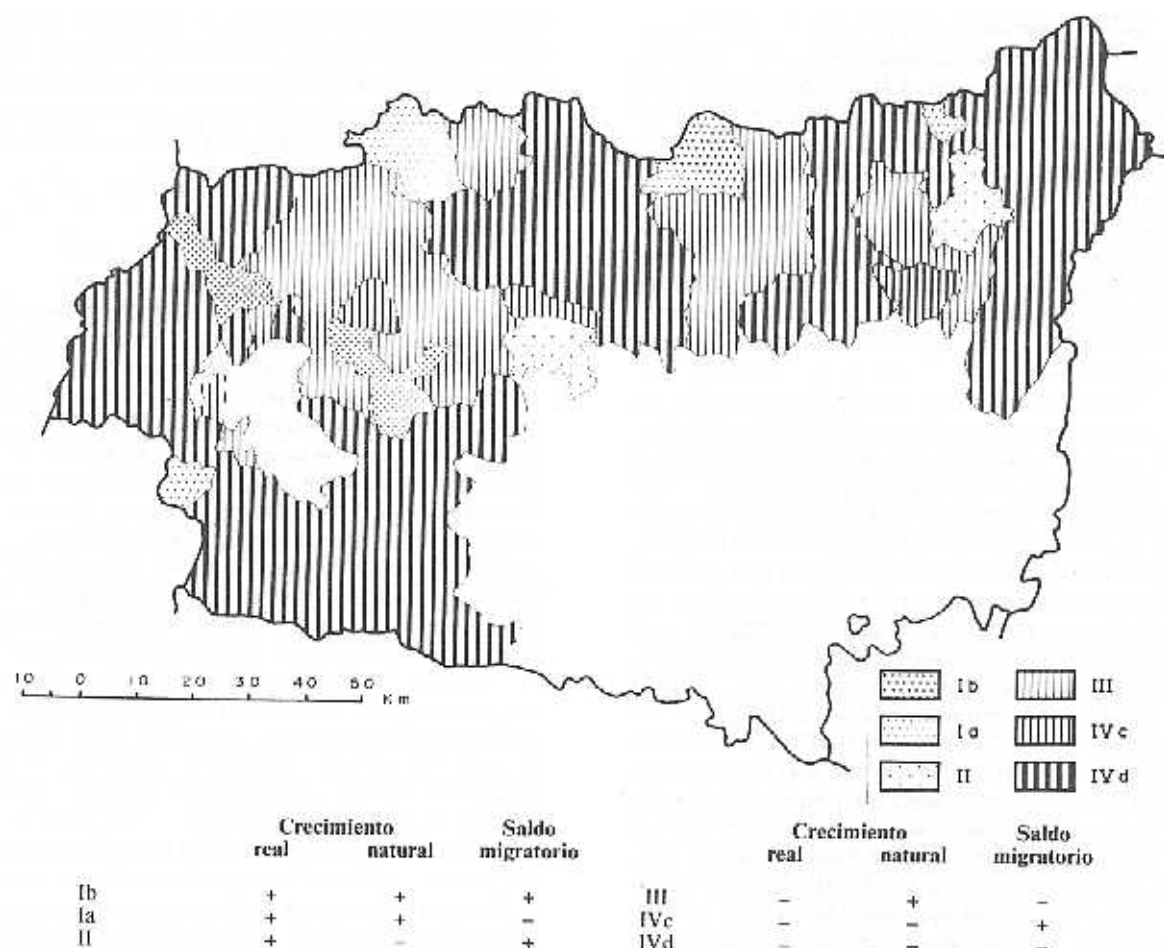


Fig. 8. Tipología de situaciones demográficas, distribución espacial.

vías de agotamiento o efectivamente agotados, aunque pueda hacerse una distinción interna entre los que pierden población a pesar de una cierta corriente inmigratoria, es decir, retroceden debido a un fuerte déficit natural (IVc, situación muy poco frecuente), y aquéllos otros en los que la emigración se une al crecimiento natural negativo, agravando sus consecuencias (IVd); dicho de otro modo, se conjugan en estos últimos el agotamiento y el abandono. Tan comprometida situación afecta por tanto a tres de cada cinco municipios de montaña o, mejor dicho, a los 47.000 habitantes que allí residen, volumen demográfico éste que resulta bastante significativo en relación al conjunto montañoso (casi un tercio), pero mucho menos apreciable en el marco de la provincia (sólo un 9%). Recuérdese sin embargo que esta situación de abandono y agotamiento no es en modo alguno privativa de la montaña y que, de considerarse el conjunto de los municipios rurales, la proporción aumentaría ostensiblemente.

Las distribución espacial de las poblaciones así clasificada permite observar cinco sectores relativamente homogéneos y bien definidos (Figura 8).

La Montaña oriental, en cuyo centro se sitúa la cuenca hollera de Sabero - Boñar, constituye un extenso foco de despoblación y agotamiento natural, a excepción de los municipios que contienen núcleos

comarcales de segundo o tercer orden⁸ pues, aunque precaria, su situación es mejor que la de los términos circundantes: ligeramente inmigratorios aunque agotados biológicamente Crémenes (II) y La Erquina (IVc) y en fase de reserva decreciente (III) Boñar, Sabero y Cistierna. El diminuto municipio de Maraña, al norte, parece estar asistiendo a una recuperación demográfica pasajera (Ia).

La Montaña central, en la que se localizan núcleos de la importancia de La Robla y yacimientos hulleros en los términos de La Pola de Gordón y Matallana primordialmente, así como las principales vías de acceso a Asturias, tiene el carácter bastante uniforme de área de reserva demográfica en fase de extracción intensa, sin que se haya quebrado todavía por completo la vitalidad natural, aunque en algunos casos ello sea inminente (Figura 5). La base de la pujanza que experimenta el municipio de Villamanín (Ib), al norte, debe situarse en la expansión de las actividades terciarias en su capital.

La Montaña occidental, alejada de los yacimientos, desprovista de núcleos comarcales de relevancia y con un elevado grado de aislamiento, constituye otro de los focos uniformes de acusado abandono migratorio y agotamiento natural. Tan sólo al sur dos municipios acogen inmigrantes, aunque en realidad se encuentren agotados: Quintana del Castillo (II) y Valdesamario (IVc).

⁸ LOPEZ TRIGAL, I.: «Comarcalización y reordenación de municipios en Castilla y León», VII Coloquio

de Geografía, Pamplona, 1981, t. II, pp. 545-551. Cf. p. 549.

El conjunto formado por *El Bierzo septentrional* y *la comarca de Lacia* (incluido el occidente de Babia) es con mucho el área más dinámica y la que se encuentra en mejor situación de todas las estudiadas; así lo atestigua la profusión de núcleos urbanos o semiurbanos, como Villablino, Bembibre, Fabero, Toreno, Sal Miguel de Dueñas (Congosto) y Torre del Bierzo, establecidos al amparo de la abundancia y extensión de los yacimientos carboníferos y de la expansión de las actividades terciarias, expansión que resulta del aumento en los últimos años del poder adquisitivo de la población dependiente de la minería⁹.

Tras un periodo de cierre de instalaciones y de reducción del empleo, desencadenante de una emigración muy extendida y de la pérdida de parte de los importantes volúmenes de población acumulados hasta 1960 (emigración perceptible en la actual situación regresiva -III- de casi todo el área de reclutamiento), esta minería de la antracita y de la hulla ha vuelto a reactivarse en algunas cuencas, y de ahí la reanudación de la succión demográfica en Bembibre y Torre del Bierzo (Ib) y el crecimiento algo más matizado de Villablino (Ia).

Por último, *la orla occidental de El Bierzo, La Cabrera y la Maragatería* manifiestan un estado depresivo alarmante, no sólo por la extensión espacial de los municipios agotados y en vías de desertización total, sino también por la intensidad del déficit natural, extremadamente grave en las dos últimas comarcas mencionadas (Figura 5) y por la sorprendente intensidad que mantiene todavía el saldo migratorio. La larga agonía de muchos municipios de este quinto sector, especialmente en su extremo meridional, queda reflejada en la del término municipal de Truchas (La Cabrera): enorme municipio de 300 Km², hoy sólo alberga a unas 1.500 personas, casi un 60% menos de las que tenía a mediados del siglo pasado, en 1857; en los 124 años que median entre aquel censo y el último realizado no ha conseguido superar nunca el número de habitantes con que contaba entonces, a pesar de experimentar ligeras recuperaciones durante 10 ó 20 años como máximo. Este abandono prolongado ha repercutido de forma tan honda en las estructuras demográficas que hoy tan sólo contabiliza un promedio de 3,8 nacimientos anuales por mil habitantes, frente a 9,9 defunciones, y ello no impide que, aun a costa de personas envejecidas, las partidas sigan produciéndose a un ritmo de 34 anuales por mil habitantes. No hay, pues, ninguna duda en utilizar el término de «exangüe» para calificar su situación, término al que habría que añadir el de «desierto» teniendo en cuenta la densidad, algo menor de 5 hab./Km².

La monotonía de esta dramática situación sólo se ve rota por contados municipios que a lo largo de la mencionada orla consiguen mantener una dinámica de crecimiento o permanecer en la privilegiada situación de reserva demográfica sosteniendo unos excedentes naturales. Vega de Espinareda, el más llamativo de los primeros (Ib), debería incluirse en el sector berciano analizado con anterioridad, dada la proximidad y similitud de su capital con Fabero; Puente de Domingo Flórez, en el bajo Sil,

ejerce las funciones de centro comarcal de las áreas deprimidas adyacentes (Ia) y los dos pequeños municipios de Carracedelo y Priaranza del Bierzo (III) pueden ser considerados como pertenecientes al fondo de la hoya berciana, pues allí se encuentran sus capitales respectivas.

CONCLUSIONES

Tras los masivos desplazamientos migratorios que ha conocido desde los años 1950 la población rural española, no resulta aventurado afirmar que las frágiles poblaciones de las áreas de montaña, detentadoras tradicionalmente del papel de reserva de mano de obra, se encuentran ya agotadas en su práctica totalidad, pues si el conjunto de los espacios rurales ha adquirido de manera definitiva en esos años un status económico dependiente, las especiales dificultades que encuentran las actividades agrarias en estos espacios físicamente marginales no hacen sino acentuar su carácter económicamente marginal en un marco ya de por sí dependiente.

Por ello, no hay base alguna para soñar con una recuperación o paralización generalizadas de la tendencia actualmente en curso, el declinar progresivo de los efectivos humanos residentes en las montañas, a menos que queden en suspenso las implacables leyes económicas que se ciernen sobre las actividades y los espacios económicamente ineficaces. Existen múltiples intentos de reorientar las actividades que se ejercen en las montañas, adaptándolas a la demanda de este momento, pero parece obvio que tal readaptación no será posible en la totalidad de las montañas españolas; resuelvan o no su problema de esta manera —y en corto plazo de tiempo además, o será ya irresoluble—, es un hecho que los municipios de montaña necesitan ahora mismo de ayuda externa. La solidaridad social, pues de ello se trata, no es moneda corriente en periodos de crisis como el presente, pero aun llevándose a cabo, ¿en cuántas ocasiones ha de afrontar situaciones demográficas ya irreversibles?

Urge pues averiguar las respuestas a interrogantes como los planteados al comienzo de estas líneas, entre otros muchos que deben formularse, y parece necesario además hacerlo con carácter general para todo el país, dado que un cocimiento compartimentado y espacialmente disperso del problema impide apreciar la naturaleza y la gravedad de situaciones concretas. No debería olvidarse además que, para un número indeterminado de regiones españolas, el problema que atraviesan las montañas no parece diferir demasiado, ni cualitativa ni cuantitativamente, de los de otros espacios rurales que, paradójicamente, pudieran permanecer marginados al carecer de condiciones físicas de marginalidad tan evidentes y llamativas como las que reúnen las áreas montañosas.

Por lo que se refiere a la región leonesa, tan sólo existen tres municipios que se asemejen, mal que bien, a la idea difusamente aceptada de que las comunidades de montaña son poblaciones cristalizadas e inmóviles, a la espera de su propia desapa-

⁹ CORTIZO ALVAREZ, T.: *Las cuencas mineras leonesas (aproximación a su estudio geográfico)*, Institu-

ción «Fray Bernardino de Sahagún», León, 1977, 107 pp. Cf. p. 86.

rición física, que habrá de producirse al ritmo que imponga el ciclo biológico de cada uno de sus habitantes¹⁰. No hay en las montañas leonesas municipios que retrocedan exclusivamente por déficit natural, a la vista de lo que reflejan las estadísticas oficiales; al contrario, en casi todos ellos el éxodo continúa a buen ritmo y, bien como complemento del déficit natural en la mayor parte de los casos, bien como agente único, el abandono se manifiesta insistentemente en el declive generalizado de los efectivos humanos de esta porción de la provincia.

Ese abandono se produce en los municipios mineros lo mismo que en los netamente agrarios y demuestra que tanto una actividad como la otra son incapaces, aunque por razones distintas, de absorber en su totalidad la población aún residente en estas montañas. La minería leonesa, por los años que abarca este estudio, apuntaba hacia una recuperación inducida por la reconsideración positiva del carbón como fuente de energía, a fin de paliar el encarecimiento del petróleo, pero aunque ello se manifestaba ya en las ganancias inmigratorias de algunos pocos municipios, la generalidad de los términos carboneros acusaba todavía las dificultades del periodo precedente, de manera que parte de la masa laboral inmigrada desde los años 1940 continuaba siendo desplazada hacia otros lugares. No era la primera vez en este siglo que estos centros carboneros pagaban de esa manera el precio de su excesiva dependencia de la industria extractiva.

Por esos mismos años también, los municipios agrícolas llevaban sobre sí una historia emigratoria mucho más larga, uno de cuyos episodios más activos había tenido lugar en la década inmediatamente posterior a la guerra civil; había sido entonces cuando la extracción de excedentes naturales por

vía migratoria dio paso a un abandono generalizado y sin paliativos, produciéndose una destrucción casi completa del tejido de relaciones sociales, económicas y familiares existentes hasta entonces. Hoy, el grueso de las partidas posiblemente lo compongan los progenitores de quienes emigraron entonces, expulsados en gran medida por la soledad y por el hartazgo de vivir en condiciones adversas —de las que no es responsable exclusivo la naturaleza— y no por la imposibilidad de llevar adelante sus explotaciones o vivir de sus ahorros y pensiones. No puede explicarse si no el hecho de que estos municipios sigan rindiendo todavía su cosecha anual de emigrantes.

¿En qué medida es irreversible la situación demográfica de estos últimos términos municipales? La gravedad de los déficits biológicos y de las pérdidas migratorias no da cabida a un optimismo infundado, pero antes de extender el acta de defunción de la inmensa mayoría de estas comunidades montañosas, es preciso conocer todavía la composición pormenorizada por edad de sus poblaciones, no sea que, habiendo perdido en torno a 1950 la oportunidad de que las jóvenes generaciones emigradas entonces emprendieran una reordenación profunda del espacio agrario y de las explotaciones agrícolas, perdiesen ahora la oportunidad, última ya, de fijar en sus lugares de origen a una posible masa de jóvenes que está a punto o acaba de acceder a la edad laboral y que, vistas las condiciones del mercado de trabajo en el conjunto del país, permanece retenida y a la expectativa. Sus vecinos de más edad emigraron cuando todavía era posible, y detrás de ellos ya no queda prácticamente nadie.— BERTA LOPEZ FERNANDEZ.

EVOLUCION Y ACTIVIDAD DE LA MARINA MERCANTE NACIONAL EN LA DECADA DE 1970

A. Antecedentes del desarrollo acelerado de la marina mercante en la década de los 70

Dentro del sistema de economía oceánica establecido a lo largo de un siglo —entre 1850 y 1940 aproximadamente— a consecuencia de la aplicación del vapor a la navegación marítima, el desarrollo de la marina mercante española ha estado condicionado por la propia evolución interna del proceso industrializador y por las alternativas de los grandes acontecimientos internacionales, habida cuenta que el transporte marítimo ha sido y es, por su propia naturaleza de modo de relación económica entre ámbitos nacionales diferentes, una actividad en extremo sensible a cualquier modificación del marco internacional.

Así, refiriéndonos a la etapa final del periodo citado, el volumen de nuestra flota refleja con claridad los efectos de la depresión mundial sobrevinida tras el año 29 y la situación económica producida por la guerra civil española y la segunda guerra mundial, con su corolario de aislamiento durante casi una década. En 1932, el tonelaje de nuestra flota mercante ascendió a 1,2 millones de TRB, habiendo bajado al final de la guerra civil a 900.000 TRB; la primera de las cifras citadas no se recuperó hasta 1953, aunque con un notorio desfase, pues en esa fecha el volumen de la marina mercante española suponía el 1,37% de la mundial, y veinte años antes el porcentaje correspondiente había alcanzado casi los dos puntos¹.

El escaso volumen de la flota, lastrada además

¹⁰ Son los tres municipios en situación IVc, es decir, de Oeste a Este, Noceda, Valdesumarino y La Ercina, todos ellos con población activa empleada en la minería. No se ajustan propiamente a esa idea bastante generalizada pues aunque la única causa del retroceso de sus poblaciones reside en el déficit natural, existe un cierto trasvase demográfico con el exterior, en estos casos inmigratorio, lo que contribuye por otra parte a que las

pérdidas reales de población no alcancen la severidad que pudieran llegar a conocer.

¹ GARCIA FERNANDEZ, Jesús: «La marina mercante y la construcción naval española», *Estudios Geográficos*, Madrid, 1959, pp. 587-591.